



Encuesta a jóvenes bonaerenses

Ficha Técnica

Tipo de investigación: encuesta por muestreo.

Universo: población entre 18 y 29 años residente en localidades de la Provincia de Buenos Aires con más de 500 habitantes.

Muestra: 870 unidades de análisis efectivas, seleccionadas al azar por muestreo aleatorio no proporcional de etapas múltiples, en 53 municipios del Conurbano y del Interior provincial.

Error muestral máximo probable con 95% de confianza: $\pm 3,3\%$, para estimaciones cercanas al 50%; $+ 2,0\%$ para estimaciones cercanas al 10% o al 90%; $\pm 0,9\%$ para estimaciones cercanas al 2% o al 98%.

Instrumento de recolección de datos: cuestionario estructurado.

Estudios exploratorios previos: 350 unidades de análisis relevadas mediante entrevistas semi-estructuradas y 30 unidades de análisis relevadas mediante cuestionarios estructurados.

Dirección del estudio y procesamiento: Equipo de Redacción del Informe sobre Desarrollo Humano en la Provincia de Buenos Aires, Fundación Banco de la Provincia de Buenos Aires.

Fecha de realización: Diciembre de 2004.

Durante el año 2004, el Ministerio de Desarrollo Humano de la Provincia de Buenos Aires firmó un acuerdo con el Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de la República Argentina y el Fondo Fiduciario Pérez Guerrero para la Cooperación Económica y Técnica entre Países en Desarrollo miembros del Grupo de los 77. El objeto del mismo fue la elaboración del “Proyecto de identificación de oportunidades de cooperación internacional para la radicación de jóvenes en pequeñas localidades de Argentina, Chile y Uruguay”, presentado por la Fundación Banco de la Provincia de Buenos Aires y seleccionado para ser asistido junto a otros siete proyectos en todo el mundo, en la Reunión del Comité de Expertos del Fondo Fiduciario Pérez Guerrero en Nueva York, en agosto de 2003. Éste designó al Progra-

ma de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para que formalizara los acuerdos operativos de la ejecución, mediante una Carta Acuerdo firmada con la Fundación, que coordinó no solamente la realización de las actividades desarrolladas en la Argentina, sino además las de Chile y Uruguay, a través de sendas asociaciones civiles especializadas en la materia.

Fue en ese marco que se llevó a cabo la Encuesta a Jóvenes Bonaerenses, cuyos objetivos fueron acordados con el Ministerio de Desarrollo Humano, la Dirección General de Cultura y Educación, la Dirección Provincial de la Juventud, la Subsecretaría de Atención a las Adicciones, el Instituto Cultural y el PNUD, además de haberse requerido aportes y sugerencias de numerosos especialistas. Pese a que el relevamiento de la información

no ha finalizado en Chile y Uruguay, por su indudable pertinencia el Ministerio de Desarrollo Humano encomendó la difusión de los datos correspondientes a la Provincia de Buenos Aires en el presente Informe. En este caso, la encuesta tuvo como objetivo comparar las oportunidades de integración social de los jóvenes residentes en las diferentes áreas del Conurbano Bonaerense y en localidades grandes, intermedias y pequeñas del interior de la Provincia, a fin de permitir contrastar sus oportunidades de radicación y de desarrollo humano. A tal fin, se continuó con el modelo de integración social descrito en el capítulo inicial, basado en tres dimensiones: integración económica, pertenencia y participación.

En función de la localización y el tamaño de las localidades en que residen, los jóvenes encuestados fueron divididos en cinco segmentos y siete subsegmentos, conforme se detalla en el recuadro correspondiente. Solamente en los casos en que la significación estadística de los resultados sea suficiente, se presentarán

en este capítulo los datos desagregados según las características de las localidades. También se desagregaron los resultados según tres grupos de edad (18 a 21, 22 a 25 y 26 a 29 años), el género, el nivel educativo alcanzado (ajustado por la edad), la situación ocupacional y el nivel socioeconómico del grupo familiar de los encuestados.

Pertenencia

La primera dimensión analizada en la encuesta a jóvenes fue la referida a su pertenencia e identidad social. La misma, como ya fuera explicado en el primer capítulo, indica una necesidad de relacionarse con otras personas y de formar una identificación sobre esa base, implicando la formación y el desarrollo de un sentimiento de correspondencia con ciertos grupos o comunidades. En tanto dimensión de la integración social, no se agota en una percepción de afecto

Segmentos

GBA1, Primer Cordón del Conurbano

Avellaneda, General San Martín, Hurlingham, Ituzaingó, La Matanza 1, Lanús, Lomas de Zamora, Morón, Quilmes, San Fernando, San Isidro, Tres de Febrero, Vicente López. Representa el 33% del universo (datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001).

GBA2, Segundo Cordón del Conurbano

Almirante Brown, Berazategui, Esteban Echeverría, Ezeiza, Florencio Varela, José C. Paz, La Matanza 2, Malvinas Argentinas, Merlo, Moreno, San Miguel, Tigre. Representa el 29% del universo (2001).

GBA3, Tercer Cordón del Conurbano

Berisso, Brandsen, La Plata (componen el Subsegmento Gran La Plata), Campana, Cañuelas, Ensenada, Escobar, Exaltación de la Cruz, General Rodríguez, Luján, Marcos Paz, Pilar, Presidente Perón, San Vicente, Zárate. Representa el 12% del universo (2001).

Int1, Grandes ciudades del Interior

Bahía Blanca, General Pueyrredón, Junín, Necochea, Olavarría, Pergamino, San Nicolás, Tandil. Representa el 11% del universo (2001).

Int2, Medianas y Pequeñas ciudades del Interior

Dividido a la vez en dos subsegmentos: ciudades medianas, mayores de 25.000 habitantes, y localidades pequeñas, menores de 25.000 habitantes. Representa el 14% del universo (2001).

hacia otras personas, sino que allí interviene fundamentalmente el apego a un colectivo mayor.

La primera pregunta requería la percepción acerca del progreso o retroceso de la localidad en que se reside. No es un indicador directo del sentimiento de pertenencia, pero sí refleja la forma en que los jóvenes se representan las condiciones en que se va a desarrollar su futuro laboral y familiar inmediato.

El 46% de los jóvenes entrevistados opinó que su ciudad “está progresando”, en tanto el 27% sostuvo que “se está retrasando” y el 23% que “está igual”. Se trata de una variable que ha ido mejorando progresivamente en el último quinquenio: en el 2000, para la elaboración del Informe sobre Desarrollo Humano de ese año, se realizó una encuesta a jóvenes de 14 a 25 años, y el 30% de ellos juzgó que la localidad donde vivía estaba progresando. La misma pregunta se realizó en el Informe 2003, y llegó al 39% la proporción de jóvenes que opinaba que su ciudad estaba progresando.

La percepción de progreso es sustancialmente mayor en las pequeñas localidades del interior, reduciéndose fuertemente en el primer y el segundo cordones del Conurbano. A la vez, no parece estar asociada significativamente al sexo ni a la edad del joven que expresa su opinión, pero sí a su condición laboral. Curiosamente, el nivel socioeconómico incide muy ligeramente en la percepción de progreso o retroceso de la ciudad en que se reside.

Asimismo, una pregunta que complementa la visión referida a las oportunidades de radicación de los jóvenes en sus localidades de residencia es aquella por la cual se les consultó su opinión acerca de la calidad de vida en el interior y el Gran Buenos Aires (GBA). Prácticamente la mitad de los jóvenes afirma que “se vive mejor en el interior”, en tanto poco más de un tercio eligió la opinión contraria.

Como ya se observara en el Informe anterior, la valoración favorable al interior es mayor entre quienes allí residen. La preferencia por el GBA es mayor en todo el Conurbano, pero especialmente en el Tercer Cordón. Por otra parte, a medida que aumenta la edad, también se incrementa fuertemente la predilección por la calidad de vida del interior, que además es más valorada por los de menor nivel socioeconómico.

Inicialmente, el grado de integración social de los jóvenes se midió en la encuesta a través de un conjunto de preguntas que permitieron relevar su grado de sentimiento de pertenencia a una serie de instituciones y prácticas que han sido mencionadas como relevantes por los diferentes especialistas consultados. La primera, estrechamente relacionada con las dos anteriores, preguntaba a los jóvenes encuestados “si se sienten parte de la ciudad” en que viven. El 78% contestó favorablemente, el 10% sólo más o menos y el 11% negativamente. El sentimiento de pertenencia a la propia ciudad es mayor en el interior, y disminuye en el Conurbano, especialmente en el primer cordón. Por otro lado, no está claramente asociado a la edad ni al sexo de los jóvenes encuestados, y sí lo está en relación a la percepción de progreso o retroceso de la propia ciudad y a la opinión respecto a si se vive mejor en el interior o en el GBA. Además, el sentimiento de pertenencia a la propia ciudad es menor a medida que aumenta el nivel de educación formal alcanzado por los jóvenes, y también cuando se incrementa el nivel socioeconómico de sus familias.

Una pregunta complementaria, que consultaba acerca del grado de pertenencia a su propio barrio, arrojó un resultado menos favorable: 73%, siendo más elevado en el tercer cordón del Conurbano y en las ciudades grandes del interior provincial, pero sin mostrar diferencias relevantes en función del sexo ni de la edad.

También en la encuesta, si bien en un apartado posterior dedicado al uso del espacio urbano, se aplicó una pregunta referida al sentimiento de pertenencia respecto a los lugares públicos. El conjunto de estos resultados será analizado en el correspondiente apartado, pero cabe adelantar que prácticamente la mitad de los jóvenes bonaerenses contestó que no consideraba como propio ningún lugar público de su ciudad. Se trata de una proporción que presumiblemente aumenta en el segundo cordón del Conurbano, pero que también lo hace, y extrañamente para lo que era de esperar, en las pequeñas ciudades del interior provincial. Solamente en las ciudades grandes del interior y en el Gran La Plata se observa que esa tendencia es menor a un tercio de los jóvenes.

En cuanto a la identificación con un colectivo mayor, la Argentina, las respuestas mostraron ser notoriamente más coincidentes: sólo un 7% contestó negativamente. Sin embargo, este rechazo, si bien no está asociado al nivel socioeconómico ni al educativo, sí lo está a la falta de inserción en el mercado de trabajo.

Otro elemento que muestra fuertes coincidencias es el sentimiento de pertenencia a la propia familia: solamente el 3% afirma no identificarse con ella, porcentaje que disminuye aún más a medida que aumenta la edad. Curiosamente, la anomia respecto a la propia familia crece cuando se incrementa el nivel socioeconómico.

La pertenencia a una religión sí muestra estar mucho menos difundida que con la familia, aunque alcanza al 44% de los jóvenes, más un 9% adicional que afirma estar “más o menos” identificada con una. La religiosidad es mayor en las localidades más pequeñas. También es una característica que está asociada al sexo femenino, a los jóvenes mayores de 25 años y a los de menor nivel socioeconómico.

La identificación con la práctica de un deporte es también relativamente ele-

vada, alcanzando al 47% de los jóvenes bonaerenses, aunque entre los varones llega al 60%, en tanto muestra su relevancia al mantenerse elevada aun entre quienes tienen más de 25 años de edad. También es una cualidad asociada al aumento en el nivel socioeconómico.

La identificación con un tipo de música muestra aún datos más categóricos: dos tercios de los jóvenes encuestados la manifiesta. Se trata de una característica más difundida entre los jóvenes del interior de la Provincia, que además aumenta a medida que disminuye el nivel de estudios del encuestado.

Por otro lado, la identificación con una determinada idea política, sin ser elevada, muestra un resultado que desmiente las previsiones acerca de la supuesta unánime antipatía hacia las doctrinas y los partidos políticos. El 17% de los jóvenes bonaerenses afirma que se identifica con una idea política, y un 8% adicional responde que lo hace “más o menos”. Se trata de una cualidad que se manifiesta en mayor medida en las pequeñas localidades del interior provincial y que, contrariamente a lo que podría esperarse, no muestra diferencias de acuerdo al sexo. Sí puede observarse un claro aumento en la identificación con ideas políticas a medida que aumenta la edad, el nivel educativo y el nivel socioeconómico del grupo familiar.

Por último, la identificación con una carrera o profesión resulta ser mucho más elevada que lo esperable, a juzgar por los diagnósticos catastróficos que suelen establecerse respecto a la proyección profesional de los jóvenes. El 29% de los encuestados afirmó no tener una carrera o profesión, o no sentirse identificado con ella, pero el dato más relevante es que más del 64% sí lo hace. Este último dato parece no sufrir grandes diferencias en razón del lugar de residencia, pero sí aumenta entre los varones, entre los de más edad, los de mayor nivel de educación formal y los de más elevado nivel socioeconómico.

Con el conjunto de preguntas anteriores referidas a los diferentes aspectos que suscitaban identificación entre los jóvenes bonaerenses, se construyó un índice de pertenencia, clasificándose a todos los encuestados en una escala *ad hoc* de 0 a 100 puntos. Obviamente, por la peculiaridad de la escala, los resultados del índice sólo pueden ser comparados entre sí, pero al menos sirven para evaluar las diferencias observables entre las diferentes regiones de la Provincia: el lugar en que el sentimiento de pertenencia a la comunidad es más bajo es el Gran La Plata. En el otro extremo, el índice resulta particularmente elevado en las ciudades grandes del interior de la Provincia y, en menor medida, en las medianas. Además, si se lo desagrega por género y edad, puede comprobarse que el índice es más alto en los varones y en los mayores de 25 años, sin distinción de género. Resulta notable de todas formas que el índice de pertenencia sea absolutamente independiente del nivel socioeconómico.

Una pregunta que no indica directamente el sentimiento de pertenencia, pero a la vez sí está estrechamente asociada con él, es la que hace referencia a la eventual voluntad de emigrar: el 40% de los jóvenes bonaerenses contesta que quisiera irse a vivir a otro lugar. Se trata de una respuesta más frecuente entre quienes residen en grandes localidades del interior y en el primer cordón del Conurbano, y que aumenta entre los mayores de 25 años, y también entre los de nivel socioeconómico más elevado y los que tienen una inserción laboral inestable o están desocupados.

Las preferencias de quienes quisieran irse vivir a otro lugar se concentran en otros países (14%) y en otras provincias (13%), seguidas de la opción por otras ciudades de la Provincia de Buenos Aires (8%). En mucha menor medida, se encuentra mencionada la opción de ir a vivir al Gran Buenos Aires, prácticamente irrelevante aun en las ciudades pequeñas del interior. Por último, la opción de emigrar

al campo es mencionada sólo por el 1,5% de los jóvenes encuestados, casi unánimemente del Conurbano. Es decir, el medio rural es muy escasamente atractivo para los del Gran Buenos Aires, y completamente negativo para los que viven en ciudades del interior.

La opción por irse a vivir a otro país es mayor en el primer cordón del Conurbano y en las grandes ciudades del interior provincial, y si bien no está asociada a la condición socioeconómica, sí se tiende a concentrar en los de menor edad y en los varones de menor nivel de estudios formales. Razonablemente, también lo hace entre quienes tienen una inserción laboral inestable o están desocupados.

En el análisis de la voluntad de migrar y de las oportunidades de radicación, también resulta relevante considerar la valoración que los encuestados hacen de la conducta de otros jóvenes que ya emigraron: un tercio de ellos afirma que obraron bien al irse, en tanto sólo un 20% opina que lo que hicieron fue “malo”. La opinión negativa es particularmente elevada en las pequeñas ciudades del interior, reflejando con su apreciación la cadena de emigración que suele ir del campo al pequeño pueblo, de allí a las ciudades grandes y recién de allí hacia el exterior. Por otra parte, se trata de una valoración que es prácticamente independiente del género, la edad, el nivel socioeconómico y aun la condición ocupacional de los encuestados.

Integración económica

Las oportunidades de integración económica fueron analizadas en la encuesta a jóvenes bonaerenses a partir de diferentes perspectivas: por un lado, las condiciones materiales reales en que ellos se encuentran, incluyendo en ellas la situación socioeconómica de sus hogares, su

situación ocupacional y su capacitación laboral; por el otro, también se analizaron las perspectivas subjetivas que ellos evalúan como más probables para su futuro profesional.

En primer lugar, se les consultó a los jóvenes sobre su opinión acerca de las oportunidades que la sociedad en que viven les otorga en relación a la educación, el trabajo, el ahorro y el crédito. Más de la mitad de los jóvenes sostuvo que sí recibe oportunidades de educación, y solamente un cuarto de ellos optó decididamente por la respuesta negativa. Cabe destacar que, desmintiendo en parte los diagnósticos de los jóvenes entrevistados para la elaboración de los capítulos precedentes, es en el interior donde mayor proporción de respuestas positivas se han verificado, sin distinción según el tamaño de la localidad. También es notable el hecho de que se trate de respuestas que prácticamente no están asociadas al nivel socioeconómico del grupo familiar al que pertenecen los jóvenes encuestados. Sin embargo, es cierto que los jóvenes mayores de 25 años y los que tienen una inserción laboral más precaria son quienes más tienen demandas insatisfechas respecto a sus oportunidades de educación.

Las circunstancias laborales no están tan bien valoradas, como era de esperar: el 40% sostiene que la sociedad no les da oportunidades de conseguir un trabajo; el 32% contesta afirmativamente, y el 27% que “más o menos”. Sin embargo, nuevamente corresponde aquí destacar algunas diferencias notables, pues la respuesta positiva crece considerablemente en el interior provincial. De hecho, la respuesta positiva supera en porcentaje a la negativa en todos los lugares, excepto en el primero y el segundo cordón del Conurbano y en el Gran La Plata. Ahora bien, desagregando las respuestas en función de las variables sociodemográficas, nuevamente se encuentran algunos resultados alarmantes:

las mujeres, los jóvenes con hijos y los de más de 25 años tienen mayor percepción de falta de oportunidades laborales. Lo curioso es que se trata de una respuesta que no está asociada al nivel socioeconómico ni al nivel de estudios del propio encuestado.

Obviamente, tanto la percepción de falta de oportunidades laborales como la de ausencia de oportunidades educativas tienen una muy fuerte asociación con la voluntad de emigrar, particularmente la de hacerlo hacia otro país y en menor medida a otra ciudad. La voluntad de radicarse en otra provincia parecería estar menos asociada a estas características y más a la necesidad de probar otros estilos de vida.

Un complemento de las oportunidades laborales son las de ahorro, en tanto reflejan no tanto la condición ocupacional, sino más bien la relación entre el nivel de ingresos y el costo de vida. Solamente un quinto de los jóvenes encuestados sostuvo que tiene oportunidades de ahorro, y un 15% adicional optó por la respuesta “más o menos”. Resulta destacable que la respuesta positiva esté muy fuertemente representada en las localidades pequeñas del interior, y en menor medida en las medianas y en el tercer cordón del Conurbano. También existen claras diferencias de acuerdo al género: los varones perciben mayores posibilidades de ahorro que las mujeres. Y, curiosamente, quienes tienen hijos tienen menos oportunidades de ahorro sólo cuando tienen más de 25 años, en los menores de esa edad no hay relación entre la capacidad de ahorro y el tener o no hijos. Otro dato también raro lo constituye el que la capacidad de ahorro esté levemente asociada a un menor nivel de estudios, presumiblemente por una entrada más temprana en el mundo laboral.

Por último, un cuarto de los jóvenes encuestados afirmó tener oportunidades de crédito, y un 14% adicional sostuvo que sólo las tiene relativamente. No existen diferencias significativas entre esta variable y la

localidad en que residen los encuestados. Tampoco las hay respecto al género o la edad. Sí pueden notarse muy visiblemente en cuanto a la estabilidad ocupacional y al nivel socioeconómico del grupo familiar.

Otra pregunta vinculada al componente económico de la integración social hacía referencia a la existencia de algún rasgo personal que los jóvenes pudieran tener y que les limitara sus posibilidades de conseguir trabajo. El 78% de los jóvenes contestó negativamente a esta pregunta. El resto de las respuestas quedó distribuido en una extensa serie de características, donde solamente el tener “un carácter difícil” fue mencionado por el 4% de los jóvenes, en buena medida por varones menores de 22 años. Otros defectos similares mencionados fueron el ser “muy despistado”, donde se engloban el descuido y la desidia, la vergüenza y la timidez, y el no saber “venderse”, que puede estar en parte incluyendo algunas características vinculadas a la clase social. En este último sentido, también hubo un 3% que sostuvo que su problema consistía en sus rasgos físicos (aunque esta respuesta fue mencionada en mucha mayor medida por mujeres), y un 1,3% la forma de vestirse, por informalidad excesiva o directamente por carecer de dinero para vestirse decentemente. Otras dos respuestas de este último tipo fueron el vivir en un barrio pobre o lejos del centro, pero sólo fueron mencionados por el 1,2%. Por último, la tenencia de hijos sí obtuvo una proporción importante de respuestas, pero casi exclusivamente entre las mujeres, donde llegó al 7%.

En tanto la percepción de tener algún rasgo personal que obstaculizaría las oportunidades laborales está muy fuertemente asociado al nivel de estudios y al nivel socioeconómico del grupo familiar, en muchos casos se trata simplemente de la representación de las dificultades que tienen para obtener empleos en servicios las personas de bajo nivel socioeconómico, independientes de su calificación profesional.

Respecto a su condición laboral real, más allá de su situación ocupacional coyuntural, se preguntó a los jóvenes encuestados si tuvieron trabajo “en los últimos años”, generalidad que permitía una cierta labilidad en razón de sus diferentes edades. Solamente el 26% afirma haberlo tenido “continuamente” y el 24% “casi siempre”. El 19% afirma que tuvo “poco” trabajo, y el 29% “nada” o “casi nada”. Este último grupo asciende al 35% entre las mujeres, y razonablemente disminuye a medida que aumenta la edad. Al compararse estos resultados con los de sus padres, puede verse en éstos mucha mayor estabilidad laboral: el 59% tuvo trabajo estable en forma continua y el 19% “casi siempre”. Sólo el 8% tuvo “poco” trabajo, el 4% “casi nada” y el 7% “nada”.

Si se excluye a los que estudian, puede concluirse que el 12% de los jóvenes de 18 a 29 años llevan varios años prácticamente excluidos del mundo del trabajo; de ellos, la mitad son mujeres amas de casa.

Otra pregunta vinculada a la integración económica consultaba la disposición de recursos para alimentarse: el 5% de los jóvenes afirma que en su hogar no hay dinero suficiente para comprar los alimentos que necesitan, y un 15% adicional sostiene que ello ocurre sólo “a veces”. Se trata de un problema que ocurre más frecuentemente en el segundo cordón del Conurbano, y que es mencionado con mucha mayor frecuencia por las mujeres y por quienes tienen hijos.

Considerando en conjunto estas variables, se construyó el índice de integración económica, que resultó ser más bajo en el segundo cordón del Conurbano y en las ciudades con menos de 25.000 habitantes. También demostró estar ligeramente correlacionado con el de pertenencia: a mayor nivel de integración económica, mayor también es el nivel de pertenencia. Por otro lado, puede verse que la integración económica de los varones es signifi-

cativamente más elevada que la de las mujeres, y que a la vez aquélla se incrementa a medida que aumenta la edad.

Otra pregunta relacionada con este componente fue la que consultó si los jóvenes encuestados piensan que en unos años van a vivir mejor, igual o peor que sus padres: el 61% opinó que “mejor”, el 23% que “igual”, y sólo el 7% cree que va a vivir “peor” que sus propios padres. El optimismo es mayor en el tercero y segundo cordones del Conurbano, y en las grandes ciudades del interior. También es mayor entre los varones y entre los de menor nivel socioeconómico.

Participación

La tercera dimensión de la integración social, la participación, también fue medida en la encuesta a través de preguntas que relevaban tanto las actitudes objetivas como las opiniones y valoraciones que con ellas se relacionan. Entre las primeras, se encuentra en primer lugar la descripción de la frecuencia de participación en parroquias o asociaciones religiosas: el 7% de los jóvenes afirma participar “mucho” en ellas, y un 7% adicional manifiesta hacerlo “cada tanto”. Se trata de un hábito más frecuente en el Conurbano que en el interior, que se reduce sustancialmente en las localidades pequeñas. También la participación religiosa está más asociada al sexo femenino, pero no muestra una asociación significativa con la edad ni con el nivel socioeconómico.

Más habitual entre los jóvenes resulta ser la participación en clubes, centros culturales o vecinales, aunque en este caso se observa una sensible merma en quienes residen en el segundo cordón del Conurbano. También resulta un hecho más frecuente entre los menores de 22 años pero sin diferencias apreciables entre varones y mujeres. Además, resulta notable el aumento de

la participación en estos ámbitos entre los de mayor nivel socioeconómico.

Por otro lado, el 8% de los jóvenes sostiene participar activamente en micro emprendimientos, en tanto un 3% adicional afirma hacerlo “cada tanto”. Se trata de un fenómeno observable fundamentalmente en el primer cordón del Conurbano y en las ciudades grandes del interior, con una mayor presencia masculina y de las personas con mayor nivel socioeconómico.

Escaso aunque aún presente es el nivel de participación en partidos políticos o gremios, relativamente superior en el tercer cordón del Conurbano y en las pequeñas y medianas ciudades del interior. Es destacable el hecho de ser levemente mayor este tipo de participación entre las mujeres. También es un fenómeno que se incrementa a medida que aumenta el grado de educación formal alcanzado y el nivel socioeconómico.

Un cuarto de los jóvenes encuestados afirma estar intensamente informado y opinar con frecuencia sobre temas políticos, en tanto un tercio adicional sostiene hacerlo “cada tanto”. Es decir, el 38% de los jóvenes resulta ser políticamente apático. Este último fenómeno resulta ser más frecuente entre quienes residen en pequeñas y medianas ciudades del interior, pero no está en absoluto asociado al género y sólo muy ligeramente lo está a las edades inferiores. Sí se encuentra fuertemente relacionado con un bajo nivel de estudios formales, y aumenta también fuertemente a medida que disminuye la clase social.

La participación también se canaliza a través de fenómenos ocasionales, tales como las manifestaciones de protesta y las acciones solidarias puntuales. En el caso de las primeras, la participación intensa es muy reducida entre los jóvenes: solamente el 1,7% afirma hacerlo. Sin embargo, un 11% adicional manifiesta que “a veces” lo hace. Se trata de un fenómeno más frecuente en el tercer y segundo cordones del Conurbano y entre los mayores de 25 años. Está muy ligeramente

vinculado al sexo masculino. Curiosamente, no parece estar asociado a la situación ocupacional, excepto porque se reduce fuertemente entre los económicamente inactivos. También resulta destacable que aumente a medida que lo hace el nivel educativo del encuestado y el estrato socioeconómico de su grupo familiar.

La intervención en acciones solidarias es la forma más extendida de participación entre los jóvenes bonaerenses: 14% afirma hacerlo “mucho”, y 42% “a veces”. Resulta relativamente más elevada en el interior de la Provincia, entre las mujeres, entre los que tienen una inserción laboral estable y entre los de mayor nivel socioeconómico.

En cuanto a las valoraciones subjetivas de la participación, corresponde destacar que solamente un 11% de los jóvenes sostiene que participar no sirve, postura que se incrementa en el primer cordón del Conurbano y los que tienen inserciones laborales precarias.

Por otra parte, prácticamente la mitad de los jóvenes encuestados estima que si hubiera salones, parques u otros espacios públicos exclusivos para jóvenes, aumentaría su disposición a participar. Se trata de un dato vital para la formulación de políticas de integración social de jóvenes bonaerenses, particularmente en las ciudades pequeñas y medianas del interior. También es sumamente importante el hecho de que la demanda de este tipo de espacios es muy superior entre los jóvenes de bajo nivel socioeconómico.

Asimismo, resulta relevante evaluar la opinión acerca de la escala institucional donde los jóvenes prefieren canalizar su participación: solamente el 11% considera que “es mejor participar en organizaciones grandes”, el 22% prefiere las pequeñas, mientras un 45% elige las acciones puntuales. Este hecho es crucial a la hora de pensar estrategias de promoción de la participación de los jóvenes, en particular cuando se trata de las mujeres.

En cuanto a la existencia real de espacios de participación, corresponde destacar que sólo el 21% de los jóvenes bonaerenses afirma que en su ciudad existen actividades sociales orientadas a integrar a los jóvenes mayores de 18 años. Se trata de un porcentaje que además se reduce sustancialmente en el segundo cordón del Conurbano, y aumenta en las grandes ciudades del interior. Probablemente no se trate solamente de una cuestión de inexistencia real, sino más bien de insuficiencia en la difusión. Respalda esta hipótesis el hecho de que entre los jóvenes de mayor nivel socioeconómico la respuesta positiva es relativamente más frecuente.

La percepción de los jóvenes acerca de las instituciones que organizan las actividades de integración social refleja el siguiente orden: el gobierno, una asociación religiosa, una organización comunitaria o un club.

Por otro lado, mucho más preocupante es el hecho de que las actividades orientadas a integrar a los jóvenes suelen realizarse fuera de los barrios: sólo el 10% afirma que en su barrio se realizan actividades orientadas a la integración de la juventud. Por otro lado, además resulta alarmante el hecho de que estas actividades barriales sean menos visibles aún en el tercer cordón del Conurbano y en las pequeñas y medianas ciudades.

Este dato resulta más llamativo todavía si además se lo analiza juntamente con la frecuencia con que los jóvenes salen de su barrio: el 13% lo hace una vez por semana o menos, y en las ciudades pequeñas y medianas, donde tal vez podría suponerse que ese fenómeno es inexistente, lo hace el 11%. Además, abundando a favor de la teoría que sostiene que la inmovilidad es un atributo crecientemente asociado a la pobreza, puede observarse que entre los jóvenes de bajo nivel socioeconómico el 17% sólo sale de su barrio una vez por semana o menos.

Por otro lado, corresponde destacar otras posibles vías de integración a través

de la participación: el 20% de los jóvenes bonaerenses practica alguna actividad artística o sabe tocar algún instrumento musical. Se trata de un fenómeno más frecuente en las ciudades grandes y medianas del interior. También manifiestan una mayor tendencia artística los varones, los menores de 22 años y los de mayor nivel de educación formal. Particularmente destacable es la fuerte asociación que existe entre la actividad artística o musical y el nivel socioeconómico: mientras el 40% de los más adinerados lo hacen, entre los más pobres sólo llegan al 11%.

Relacionado con esta última característica, es un hecho que sobresale el que el 70% de los jóvenes bonaerenses demande una mayor oferta cultural en su ciudad, reclamo que aumenta todavía más en el interior y en el segundo cordón del Conurbano. También es destacable el que esta demanda crezca sensiblemente entre los jóvenes de menor nivel socioeconómico.

En cuanto a los rubros en los que tal oferta debería centrarse, se subrayan los cursos de música y los recitales, seguidos de los espectáculos y los cursos de teatro, los de pintura, los talleres literarios y los cursos de artesanías. También existe una importante demanda hacia las muestras y ferias, las salas de cine, los cursos y espectáculos de folklore, los cursos de danzas y los de artes audiovisuales. Fueron, por último, mencionados, los cursos sobre deportes y los de historia, arte y cultura.

Hay algunos aspectos de esta demanda que conviene remarcar. Por ejemplo, los cursos y espectáculos de folklore no fueron demandados solamente en el interior, sino también en el Conurbano. Los cursos de teatro y pintura, los talleres literarios y los de artesanías tuvieron una demanda muy superior en el Conurbano, donde pareciera que la oferta actual suele estar más orientada hacia los espectáculos masivos, que promueven una respuesta en cierta medida pasiva, y por tanto se demandan más los aspectos en los que se aprende algún arte.

Por otra parte, las mujeres demandan en forma muy similar a los varones, excepto porque los triplican en los reclamos orientados hacia los talleres literarios.

Otro aspecto de la participación es la circulación libre por la ciudad, de la que los jóvenes bonaerenses se suelen vanagloriar como de un valor propio de su generación. Por ello, se realizaron en la encuesta una serie de preguntas referidas a las diversas limitaciones que en este sentido perciben. La primera de ellas los consultaba acerca de la eventual existencia en su ciudad de algunos lugares por los que no pueden transitar y querrían hacerlo. El 65% afirmó poder “circular por todos lados”, en tanto sólo el 3% optó por la respuesta completamente contraria: “no puede circular por ningún lado”. Las limitaciones a la movilidad suelen ser percibidas en mayor medida en “los barrios más pobres”, en “donde no hay policía” y por las plazas y parques. Un 4% de los jóvenes manifestó no poder circular libremente por su propio barrio. En tanto un 3% sostuvo tener dificultades para hacerlo en los lugares céntricos, los barrios de elevado nivel socioeconómico o los lugares vigilados.

La libertad de poder circular por “todos lados” está muy fuertemente asociada a las ciudades del interior (en las ciudades pequeñas se llega al 97%), mientras que las dificultades en el propio barrio se concentran en el segundo cordón del Conurbano. Las dificultades en plazas y parques, sin bien existen en toda la provincia y aun en las localidades medianas, se concentran en el segundo y el tercer cordón del GBA.

Por otro lado, para poder evaluar ciertas versiones sobre una eventual mala disposición generalizada hacia las fuerzas de seguridad, corresponde saber si los jóvenes perciben mayores límites a su libre circulación en la inseguridad o en la vigilancia. Solamente un 6% sostuvo que se sentía más limitado por la vigilancia, aunque ese porcentaje asciende al 20% en

las pequeñas localidades del interior, donde el papel de la policía no parece ser visto como necesario por parte de una buena proporción de jóvenes. De todas formas, un 8% de los jóvenes bonaerenses afirma percibir limitaciones de ambas fuentes. Se trata de un fenómeno que sufren en mayor medida los varones y los menores de 22 años, que por otro lado no parece estar asociado al nivel socioeconómico.

En otra pregunta se consultó a los jóvenes encuestados acerca de los lugares en los que se encontrarían con frecuencia con jóvenes de clases sociales diferentes a la suya. Sólo el 16% afirmó no hacerlo en ningún lugar, porcentaje que se incrementa en el primero y segundo cordón del Conurbano, donde existe una mayor fragmentación del espacio urbano. Se trata por otro lado de un fenómeno que perciben mucho más claramente los jóvenes más pobres, excepto en las localidades pequeñas y medianas del interior, donde tal tendencia se invierte, y quienes ven menos a personas de otra clase social son los jóvenes de mayor nivel socioeconómico. Pero debe volver a destacarse este problema como uno central: las oportunidades laborales y, en general, todas las de desarrollo personal, se ven coartadas para los jóvenes más pobres por las dificultades que tienen de encontrarse con personas de otras clases sociales. Es por ello que una iniciativa de integración social debe aprovechar la disposición a la participación de los jóvenes y diseñar espacios de intercambio entre clases sociales.

Los lugares donde mayores cruces de clase se perciben son los de diversión, seguidos de las calles en general, los de estudio y los de trabajo. El transporte público y los deportes no son suficientemente vistos como espacios de integración entre clases sociales. De todas formas, el primer lugar obtenido por los lugares de diversión, si bien es un aspecto más frecuente en el interior, donde no resulta tan relevante el problema de la fragmentación

del espacio urbano, no deja de ser relevante a la hora de diseñar políticas de integración social: si bien suelen ser espacios donde la actitud esperada es más bien pasiva, sí pueden ser aprovechados para promover algunos cambios en el grado de conocimiento e interés entre jóvenes de diferentes estratos sociales.

Resulta ligeramente irónico el que los jóvenes de elevado nivel socioeconómico consideren que los lugares de estudio y el transporte público son lugares de intercambio con otras clases sociales, cuando los jóvenes pobres prácticamente ignoran ambas funciones.

Por otra parte, no puede dejar de mencionarse el que las mujeres no sólo se relacionen menos por medio de los deportes con jóvenes de otras clases sociales por su inferior frecuencia de práctica de los mismos, sino además porque suelen carecer de iniciativas suficientes que promuevan la realización de actividades deportivas integradoras, tales como el fútbol o el básquet lo son para muchos varones. Quizás es el momento de valorar también este aspecto a la hora de buscar la generalización de los deportes colectivos populares entre las mujeres.

Las iniciativas de promoción de la participación de la juventud pueden ser también utilizadas a favor de una mayor integración entre clases sociales. Ello se demuestra además con los resultados de una pregunta específica realizada en la encuesta a los jóvenes bonaerenses: el 58% afirma que estaría dispuesto a organizar actividades sociales de su interés junto a jóvenes de otras clases sociales. Se trata de una disposición mucho más frecuente en el interior que en el Conurbano, en especial en las ciudades grandes y medianas. También es mayor entre las mujeres y en los menores de 22 años. Asimismo, resulta destacable que se trata de una respuesta que prácticamente no refleja diferencias entre los jóvenes de diferentes clases sociales.

Tomando en forma conjunta la mayor parte de las variables descritas, se ha construido el índice de participación, tercer componente del de integración social. Este índice arroja los mayores valores en el primer cordón del Conurbano y en las grandes ciudades del interior, y los menores en el segundo cordón del Conurbano. Además, muestra escasas diferencias por sexo y edad, aunque aumenta relativamente entre las mujeres mayores de 25 años y en los varones menores de 22 años.

Por otro lado, el índice de participación está asociado con el de integración económica y con el de pertenencia, creciendo a medida que lo hace cada uno de los otros. Es decir, los tres índices componentes de la integración social se refuerzan mutuamente, en tanto cada uno de ellos aumenta a medida que lo hacen los otros.

En conjunto, permitieron elaborar un índice de integración social, que si bien resulta bastante regular entre las diferentes regiones de la Provincia, aumenta particularmente en las grandes ciudades del interior y entre los varones. Claramente está asociado al nivel socioeconómico, incrementándose a medida que éste lo hace. Por otro lado, el índice está asociado a otras variables, en tanto a medida que aumenta lo hace la proporción de quienes opinan que su ciudad está progresando y, como se verá más adelante, se asocia fuertemente a la elaboración por parte de los jóvenes de proyectos para el futuro.

También se asocia claramente a la opinión de los jóvenes acerca del sistema democrático. En un trabajo realizado por la Corporación Latinobarómetro en toda América Latina, el 53% de la población sostiene que "la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno". De todas formas, puede verse que esta confianza se ha reducido sustancialmente a partir del año 2001. En la Argentina, si bien esa disminución parece haberse reflejado, el porcentaje de apoyo a la democracia asciende al 64%. Entre los jóvenes bo-

naerenses, los resultados son todavía más alentadores, pues la confianza en el régimen de gobierno democrático asciende al 74%. De todas formas, hay un 11% de jóvenes que se oponen al mismo, porcentaje que se incrementa en las ciudades pequeñas y medianas del interior y entre los de menor nivel socioeconómico.

En el mismo estudio del Latinobarómetro mencionado, se observa que el 50% de los argentinos opina que prefiere vivir en una sociedad ordenada, aunque se limiten algunas libertades. Entre los jóvenes bonaerenses, esta opinión tiene prácticamente similar nivel de aceptación: 51%. El 39% prefiere que se respeten todas las libertades, aunque haya algún desorden. La demanda de orden es mayor en las grandes ciudades del interior y en el segundo cordón del Conurbano. También aumenta a medida que lo hace la edad y que disminuye el nivel socioeconómico.

Por otro lado, en un trabajo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo sobre la democracia en América Latina, se cita como un problema preocupante el hecho de que el 55% de la población del Continente afirme que apoyaría a un gobierno autoritario si resolviera problemas económicos. Entre los jóvenes de la Provincia de Buenos Aires, ese porcentaje llega solamente al 29%, aunque no deja de ser un dato de consideración. Se trata de una opinión que aumenta en las ciudades pequeñas y medianas del interior, entre los de menor nivel de estudios y menor nivel socioeconómico, pero que no parece estar asociado al sexo ni a la edad.

Proyecto de vida laboral

Indudablemente vinculada a la integración social es la capacidad de los jóvenes de formularse proyectos de vida. En particular, como ya fuera referido en el capítulo correspondiente, resulta indispen-

sable describir de qué manera desarrollan proyectos laborales, en tanto la inexistencia de los mismos es un claro obstáculo para la disposición a capacitarse profesionalmente, y obviamente esto incide en la eficacia de las políticas de promoción de la capacitación laboral. De todas formas, un problema de anomia también relevante es el caso en que el joven no tiene ningún proyecto de vida, ni laboral ni de otro tipo.

Pues bien, no deja de ser un dato alarmante que el 21% de los jóvenes mayores de 18 años manifieste no tener ningún proyecto importante para su vida. Se trata de un fenómeno que aumenta su frecuencia en las pequeñas ciudades del interior y en segundo y tercer cordón del Conurbano. También es mayor entre los varones. Resulta al menos curioso que esté más extendido entre quienes tienen hijos, y también entre quienes tienen más de 25 años. La ausencia de proyecto está también muy fuertemente asociada al nivel socioeconómico inferior.

En cuanto a quienes afirman tener proyectos importantes, según las menciones espontáneas los más frecuentes son los estudios formales, seguidos de la formación de una familia y tener hijos, los vinculados al trabajo en general, la posibilidad de mudarse o viajar y los relacionados con el dinero. Los proyectos de capacitación laboral fueron mencionados espontáneamente por el 10% de los jóvenes encuestados, y la creación de una empresa o microemprendimiento, por un auspicioso 9%. Un 7% escogió un deporte o un arte, y un 3% aludió a una actividad social o política. Otras menciones de menor frecuencia fueron la posibilidad de adquirir o construir una casa propia, la protección de los hijos y la concreción de un ideal religioso.

En una pregunta posterior, se les consultaba a los encuestados si vivían su vida pensando fundamentalmente en el futuro o en el presente. El 31% contestó que en el futuro, y el 38% que en el presente. Se trata de actitudes que no están asociadas al

sexo ni a la edad. Sí se observa una asociación entre la preferencia por el presente y el nivel socioeconómico más bajo.

Otra cuestión relevante destacada por los especialistas consultados hace referencia a la autoridad de los adultos. En tanto el 39% afirma que le merece más respeto la opinión de los adultos que la de otros jóvenes, el 13% sostiene lo contrario, y el 2% asegura que ninguna de ellas. La preferencia por la opinión de los pares disminuye a medida que aumenta la edad, pero curiosamente desciende a medida que se incrementan el nivel de estudios y el nivel socioeconómico del grupo familiar.

Respecto a la posesión de un proyecto laboral de largo plazo, si bien el 44% afirma tenerlo, lo alarmante es que el 48% sostiene lo contrario. Se trata de un problema que resulta especialmente frecuente en las ciudades pequeñas y medianas del interior, pero que también se incrementa entre las mujeres. Por otro lado, si bien es cierto que disminuye a medida que aumenta la edad, asimismo es preocupante que alcance al 39% entre quienes tienen más de 25 años. También es destacable el hecho de que entre los jóvenes de menor nivel socioeconómico, la ausencia de proyecto laboral de largo plazo alcance al 62%.

Indagando más acerca de las causas de estos problemas, puede notarse que un tercio de los jóvenes sostiene que su familia no lo empuja a realizar proyectos laborales de largo plazo, dificultad que se incrementa entre las mujeres, entre los menores de 25 años y entre los de menor nivel socioeconómico.

Otro de los factores que puede influir en el tema es la actitud de los amigos, que podrían servir como ejemplo e influencia para la superación profesional. En este caso, el 44% de los jóvenes sostiene que sus amigos no los empujan a tener proyectos laborales de largo plazo. Es un inconveniente que resulta más frecuente en el interior de la Provincia y entre los de menor nivel socioeconómico.

Respecto a las modalidades de búsqueda de trabajo, corresponde desagregar en primer lugar a quienes no lo han hecho: sólo el 48% de los jóvenes afirma haberla iniciado “en los últimos años”. Es decir, la mitad de los bonaerenses que cuentan entre 18 y 29 años afirma no haber buscado trabajo. Descontando los que han tenido trabajo en forma continua, se llega al 23%, de los cuales poco más de la mitad afirmaron estar estudiando al momento de realizarse la encuesta. Es decir, el 8% de los jóvenes no ha tenido trabajo estable y tampoco lo ha buscado; se trata casi exclusivamente de jóvenes de nivel socioeconómico bajo o medio-bajo. El resto, estudia, trabaja en forma estable o ha estado buscando trabajo en los últimos años.

En cuanto a las modalidades de búsqueda, más del 70% de los jóvenes afirma haberlo hecho solos, en tanto el 22% afirma haber recibido ayuda de familiares y 17% de sus amigos. Es decir, la estrategia de conformación de redes de ayuda para la inserción laboral pareciera estar muy poco desarrollada entre los jóvenes, en particular entre los varones y entre los mayores de 25 años. Además, la ayuda familiar se reduce aún más en el Conurbano. En conjunto, se observa que las ayudas familiares y de los amigos aumenta fuertemente a medida que lo hace el nivel socioeconómico, demostrándose allí la importancia que debe asumir el papel del Estado en la conformación y desarrollo de redes para el incremento de las oportunidades laborales.

Por otro lado, solamente el 13% de los jóvenes afirma haber iniciado una actividad económica por su propia cuenta y estarla llevando a cabo al momento de la encuesta, en tanto otro 15% afirma haberlo hecho en el pasado pero la ha abandonado. De éstos, la mitad sostuvo haber tenido poco o nada de trabajo en los últimos años.

La iniciativa de emprendimientos por cuenta propia es un fenómeno que se concentra en mayor medida en las grandes ciudades del interior, aunque en el Conurbano

hay una elevada frecuencia de experiencias fracasadas. También aumenta entre los varones y entre los mayores de 25 años. Los emprendimientos abandonados son más elevados en el nivel socioeconómico bajo, y los aún vigentes en el nivel alto.

Otra vía de incremento de la capacidad de inserción laboral es la de la capacitación, utilizada por un magro porcentaje de los jóvenes. En efecto, solamente el 18% de ellos sostiene haber asistido a algún curso de capacitación laboral “en los últimos años”. Ese porcentaje sólo aumenta en las grandes ciudades del interior y en el primer cordón del Conurbano. No está asociado al género, pero sí a la edad, en tanto crece fuertemente a medida que lo hace la edad de los encuestados. También se incrementa entre quienes afirman tener trabajo estable. Pero, curiosamente, es muy reducido entre los de menor nivel educativo, quienes a priori se supone más los requieren.

Además, de ese 18% que sí asistió a cursos, poco menos de la mitad sólo afirma haber asistido a uno solo; es decir, sólo el 6% sostiene haber ido a varios cursos, y el 3% restante simplemente ha presenciado dos o tres cursos. La asistencia a varios cursos es mayor en las ciudades grandes y medianas del interior. La importancia de este fenómeno se demuestra por su estrechísima relación con la obtención de trabajos estables: más del 80% de quienes han asistido a varios cursos de capacitación afirma haber tenido continuamente trabajo en los últimos años. Pero a la vez resulta verdaderamente alarmante que además sean los de menor nivel educativo no sólo los que menos asistieron a cursos, sino que además sean los que en mayor proporción presenciaron sólo uno de ellos.

Analizando las opiniones acerca de la utilidad de los cursos de capacitación, puede verificarse que el 62% de quienes asistieron a ellos manifiesta que les ha servido “mucho” o “bastante”, sin poder verificarse diferencias significativas entre

las regiones de la Provincia. Sí hay una mayor tendencia a opinar negativamente acerca de la utilidad de los cursos entre las mujeres y entre los menores de 22 años.

Las razones alegadas tanto por quienes afirman que sí les sirvió como quienes sostienen lo contrario, suelen vincularse a la posibilidad de aplicar los conocimientos. Solamente un 5% de quienes asistieron a cursos consiguieron trabajo gracias a ellos, y un 3% adicional afirmó que el haber asistido le amplió su capacidad para conseguirlo. Un 4% además sostuvo que el haber asistido a cursos le permitió aprender cómo es un trabajo. Otro 6% declaró que la capacitación ayudó a su desarrollo personal.

Ahora bien, entendiendo la relevancia que la capacitación puede tener para las oportunidades laborales, quedaba por despejar si los jóvenes manifestaban rechazo a priori en contra de la oferta que el Estado puede generar. Sin embargo, esos temores resultan infundados: dos tercios de los encuestados afirman que decididamente asistirían a algún curso estatal de capacitación laboral de un tema de su interés, y solamente un quinto de ellos contestó negativamente. En particular, las respuestas positivas aumentan fuertemente en el interior de la Provincia. Las prevenções contra el Estado no se asocian a ninguna variable sociodemográfica, excepto al nivel socioeconómico: los que mayores ingresos tienen son quienes afirman estar menos dispuestos a recibir capacitación de parte del Estado.

Una pregunta complementaria a la anterior consultaba a los encuestados si preferían asistir a cursos de especialización o de conocimientos básicos: el 44% seleccionó la primera opción, y el 35% la segunda. La demanda por especialización aumenta sensiblemente entre los varones y entre los de mayor edad. La de conocimientos básicos se concentra en los jóvenes de menor nivel socioeconómico.

Por último, se incluyó en la encuesta una pregunta que resulta crucial a la

hora de diseñar proyectos de capacitación: si el trabajo es concebido como un instrumento que sirve únicamente para conseguir dinero, o si además tiene otras cualidades positivas. Es decir, corresponde diferenciar entre quienes conciben la capacitación únicamente como una vía instrumental de incremento de los ingresos, y quienes además le otorgan un sentido de desarrollo personal. Un cuarto de los jóvenes bonaerenses optan por la primera actitud: para ellos, “trabajar sirve únicamente para conseguir plata”. Se trata de una conducta con mayor difusión entre la juventud del interior de la Provincia que en el Conurbano. También lo es entre los varones, entre los de menor edad, entre los económicamente inactivos y entre los de más bajo nivel educativo. Desechando la tentación de moralizar las actitudes respecto al trabajo, de todas formas urge comprender que ellas deben ser tenidas en cuenta al momento de concebir estrategias diferenciales de capacitación para cada grupo: para la amplia mayoría de los jóvenes bonaerenses, el trabajo no sólo es una fuente de dinero, sino que es más bien un vehículo de desarrollo humano. La capacitación que ofrezcan las instituciones estatales por tanto deben estar más orientadas hacia la posibilidad de los jóvenes de desarrollar un proyecto de vida laboral. Es éste el mejor camino para hacer del trabajo una herramienta de integración social.

Estudios exploratorios previos

A lo largo del año 2004, un grupo de estudiantes de Taller Nivel II de la Carrera de Trabajo Social de la Universidad de Buenos Aires desarrolló en el Conurbano Bonaerense estudios exploratorios respecto a diferentes aspectos de la integración social de los jóvenes, que constituyó un insumo fundamental para la preparación de los diferentes capítulos del presente Infor-

me. El primero de ellos analizó los factores que inciden en el proyecto laboral a largo plazo de los jóvenes bonaerenses de 18 a 25 años de edad. El grupo estuvo formado por Lorena Agemian, María de Lourdes Catarineu, Julieta Cremona y María Alina Sveruga. A continuación, se resumen los resultados del estudio referido.

En la Argentina, una de las constataciones más importantes que puede hacerse en relación a las políticas de juventud es la dificultad que crecientemente tienen los jóvenes para concebir un proyecto de vida laboral de largo plazo. Si bien a primera vista esto se concibe como un mero reflejo de los fracasos laborales de sus padres, lo cierto es que esta dificultad se comprueba aún en jóvenes de clases medias y altas, y hasta en quienes tienen padres con empleos estables. Incluso jóvenes que estudian carreras universitarias tienen dificultades para proyectar su vida laboral futura como un continuo que permita adquirir relaciones, capacidades y habilidades crecientes.

En parte, esto refleja más bien tendencias culturales verificables en todo Occidente, en tanto los modelos de vida que son mostrados como valiosos por los medios masivos de comunicación otorgan mayor importancia a la libertad para elegir que a los compromisos duraderos. El sociólogo norteamericano Richard Sennett se pregunta sobre las posibilidades de identificar valores duraderos en una sociedad impaciente y centrada en lo inmediato, y sobre las dificultades para que las personas puedan perseguir metas de largo alcance en una economía entregada al corto plazo.

Por ello Sennett propone que el lema de las nuevas relaciones sociales bien podría ser el de “nada a largo plazo”. Se trata de una tendencia que afecta diferentes aspectos de la vida de los jóvenes, incluyendo entre otros proyectos familiares, afectivos o laborales. En el ámbito del trabajo, se debilita la idea de poder forjar una carrera tradicional que avance paso a

paso, y también la de que existe un solo juego de calificaciones a lo largo de una vida de trabajo.

Pero el principio del “nada a largo plazo laboral” se vuelve disfuncional aún para sus principales beneficiarios, profesionales que cambian de empresa y de lugar de residencia constantemente en busca de ingresos elevados, aprovechando esa libertad para huir del tedio que provocan las carreras estables. En pago a ello, tienen crecientes dificultades para concebir y transmitir a sus hijos principios y valores permanentes, y descubren nuevas restricciones para construir sus relaciones personales en base a compromisos y lealtades. La organización a corto plazo de las instituciones modernas limita la posibilidad de que madure la confianza informal no sólo en el campo laboral, sino también en las relaciones personales. Para hacer frente a las realidades actuales, el desapego y la cooperación superficial son una armadura mejor que el comportamiento basado en los valores de lealtad y servicio. ¿Pero es posible desarrollar un relato de identidad e historia vital en una sociedad compuesta de episodios y fragmentos? A lo largo de la mayor parte de la historia, la gente ha aceptado que la vida cambia de repente a causa de las catástrofes, pero lo que hoy tiene de particular la incertidumbre es que existe sin la amenaza de un desastre histórico, y en cambio, está integrada en las prácticas cotidianas de un capitalismo vigoroso. La inestabilidad ya es algo normal, y abundan más argumentos para enumerar eventuales consecuencias negativas de la estabilidad que capacidades para imaginar estrategias para alcanzarla.

Las nuevas condiciones de trabajo, además de incrementar las incertidumbres mediante la flexibilidad y la ausencia de confianza y compromiso, también pueden aumentar la superficialidad de la actividad laboral al promover el trabajo en equipo, por la desvalorización del esfuerzo perso-

nal, de la capacitación profesional y de la autoridad, y a la larga llegan a conformar el fantasma de no conseguir hacer nada de uno mismo en el mundo, de hacerse una vida mediante el trabajo.

A fin de estudiar estos y otros procesos entre los jóvenes bonaerenses, se han realizado entrevistas a una muestra no aleatoria del Conurbano. Entre los resultados de las mismas se han identificado perfiles de jóvenes, según se detallan a continuación. Cabe aclarar que se trata de tipologías, construcciones ideales que permiten reflejar y comprender tendencias y eventualmente establecer relaciones entre variables. Su utilidad se funda en la posibilidad de establecer políticas diferenciales para cada uno de los perfiles.

Un primer perfil está conformado por aquellos jóvenes que no tienen un proyecto laboral a largo plazo, que podrían denominarse el grupo de los que están en el “puro presente”. Suelen ser empleados en relación de dependencia, al igual que sus padres. En general, éstos no poseen estudios superiores ni oficios calificados. No saben en qué actividades estarían interesados en adquirir experiencia, o bien pretenden continuar en el ámbito en el que están insertos porque ya poseen alguna experiencia en el mismo. No evalúan la calificación en términos de perfeccionamiento con miras a contribuir a la definición de un proyecto a largo plazo. En general, están disconformes con su ocupación actual, ya que consideran que no les permite desarrollar sus capacidades personales, pero no se mueven en busca de un cambio. Para este perfil de jóvenes, la capacitación es irrelevante: cuando han realizado cursos, no los han puesto en práctica; además, muchas veces han hecho cursos o estudios que no son complementarios entre sí, y que tampoco son definitorios de su vida laboral actual o futura. Otro factor que incide en su falta de proyección reside en que no se encuentran aferrados a su lugar de residencia. Se plan-

tean la posibilidad de traslado tanto al interior del país como al exterior, o les resulta incierto y hasta indiferente su futuro lugar de residencia. Además, aseguran que no tienen tiempo libre para el ocio o el esparcimiento.

Un segundo perfil de jóvenes es el de quienes afirman que poseen un proyecto laboral a largo plazo, al que definen con un recorte temporal de entre dos y cinco años. Son los “sobre-implicados”, pues no poseen la capacidad de analizar los múltiples atravesamientos que determinan su posición en los ámbitos en los que se desarrollan, ni de incorporarlos a su visión de largo plazo. Normalmente, al menos uno de sus padres posee un oficio o profesión. Las actividades que realizan suelen estar vinculadas a su proyecto laboral y consideran que la experiencia que éstas les proporcionan será reconocida. Confían en que las posibilidades de progreso en el ámbito laboral, así como el logro de una mejor situación personal en el futuro, dependen exclusivamente de sus esfuerzos y capacidades personales. A la vez, para ellos el alcance del proyecto laboral gira en torno al comienzo o a la finalización de la capacitación propia del oficio o profesión a la que aspiran. Su proyecto laboral será alcanzado una vez concluida la misma, es decir que no consideran el ejercicio del oficio o profesión como parte del proyecto. Por otro lado, no conciben los cursos que llevan a cabo (en general, capacitaciones básicas) ni sus antecedentes laborales como complementarios a su proyecto. Estos jóvenes no han decidido en qué lugar han de residir en el futuro, pero sí tienen claro que no será en el exterior.

Un tercer perfil de jóvenes corresponde a quienes poseen un proyecto laboral de largo plazo, que consideran poder alcanzar en al menos quince años. Estos jóvenes suelen ser relativamente independientes de sus padres en lo económico, en tanto la mayor cantidad de recursos para su sostén los consiguen ellos mismos. En

general, también en este caso sus padres poseen un oficio o profesión. Las actividades que llevan a cabo tienen vinculación con su proyecto laboral, pero desconfían de que la experiencia que éstas proporcionan les sea reconocida en el futuro. Este tipo de jóvenes incorpora en su proyecto laboral la capacidad de análisis de los atravesamientos que determinan su posición en los ámbitos en los que se desarrollan. Para ellos, el progreso en el ámbito laboral no sólo depende de los esfuerzos personales, sino que está sujeto además al contexto socioeconómico y a las características propias de la profesión u oficio que se elige. Por eso, no se mantienen en una posición conformista ni idealista respecto a su progreso personal. Además, para estos jóvenes la conclusión de los estudios no equivale a la concreción de su proyecto laboral de largo plazo. Consideran que éste se compone también de factores tales como el ejercicio de la profesión u oficio elegidos, la experiencia laboral vinculada al proyecto, el dinero, los contactos establecidos y la permanente actualización y adquisición de conocimientos. Quienes integran este tipo se encuentran arraigados al lugar donde viven actualmente y lo consideran lugar de residencia futura. En su tiempo libre, realizan actividades que no suponen descanso ni gasto de dinero.

Es común a todos los entrevistados la forma en que conciben su relación con el Estado. No poseen una idea definida del mismo y frecuentemente lo confunden con la de gobierno. Le atribuyen funciones de control social, regulación y administración, y lo perciben como algo ajeno y distante. Esto inhibe el surgimiento de demandas explícitas de acciones vinculadas al proyecto laboral. En ese sentido, un primer lineamiento para la acción consistiría en difundir los proyectos gubernamentales –laborales y no laborales– en todos sus niveles, de modo de propiciar un acercamiento hacia los jóvenes en esta franja de edad.

Si bien cada perfil tiene sus particularidades en el nivel local, pueden esbozarse algunas sugerencias generales. Respecto a los jóvenes incluidos en el primer tipo, debería fortalecerse la idea de la importancia que tiene una participación activa en la construcción y el cumplimiento del propio proyecto de vida laboral. En cuanto al segundo tipo, las líneas de acción deberían estar enfocadas a lograr una articulación entre la formación y el ámbito laboral, propiciando una paulatina inserción en lo que será el ejercicio de la profesión u oficio. El objetivo último de esta propuesta es que no asocien la finalización de su formación con el alcance del proyecto laboral de largo plazo, sino que la conciben como una etapa más en su trayectoria laboral. En lo que refiere al último tipo, las acciones deberían centrarse en reducir la incertidumbre en torno al reconocimiento de la experiencia proporcionada por las actividades que realizan.

En cuanto a la intensidad de la integración social que el trabajo actualmente genera en los jóvenes del Conurbano, otro grupo de estudiantes de Trabajo Social realizó también un estudio exploratorio. Estuvo conformado por Soledad Olmedo y Lorena Olivera, que realizaron entrevistas a residentes en los partidos de Merlo y Tigre. A continuación, se resumen los resultados del estudio referido.

El trabajo es para los jóvenes una fuente de ingresos cuya privación o limitación obviamente implica menores oportunidades para integrarse económicamente a la sociedad. Además, es una fuente de identidad personal y, por lo tanto, un instrumento que genera sentimientos de pertenencia a la comunidad. Por último, la percepción de un contexto laboral excesivamente precario e inestable genera menor disposición a desarrollar capacidades personales de diferente índole, laborales y no laborales. Tomando estas tres dimensiones en su conjunto, el trabajo es una vía privilegiada de integración social para

los jóvenes, ya no sólo en su capacidad de proyectarlo hacia el futuro, sino además por la intensidad con que la experiencia presente de inserción laboral imprime en los jóvenes su representación de estar participando activamente en la vida social.

Robert Castel afirma que la integración social se alcanza mediante la búsqueda de grandes equilibrios sociales y de la “homogeneización de la sociedad a partir del centro”, mediante acciones públicas tales como el acceso universal a la educación y los servicios sociales, la reducción de las desigualdades sociales y un mejor reparto de las oportunidades, el desarrollo de las protecciones y la consolidación de la condición salarial.

El empleo, pese a haber sido durante siglos la institución de socialización de jóvenes más eficaz de las sociedades modernas, hoy remite a una imagen convencional que se encuentra en crisis. En relación a la inserción laboral de los jóvenes, la Organización Internacional del Trabajo señala que las tasas de desocupación de este sector poblacional superan ampliamente las de los adultos y que su ritmo de crecimiento es acelerado. Según sus estimaciones, hay en el mundo unos 74 millones de jóvenes desempleados, lo cual supone que representan el 41% de los 180 millones de desempleados del mundo.

A partir de los resultados obtenidos mediante la realización y análisis de las entrevistas a jóvenes bonaerenses, se han identificado tres tipos ideales referidos a la imagen juvenil del mundo del trabajo. Los mismos se detallan a continuación.

El perfil “materialista” es el de quienes definen al trabajo únicamente como un medio para obtener dinero. Para ellos, su cualidad más importante es el salario. No importa tanto la actividad que se realiza, sino la remuneración por ella que se recibe. En definitiva, representarían en su extremo la corriente que considera legítima cualquier actividad que otros individuos demanden con dinero, por más inútil que

pueda ser desde el punto de vista social. En el límite, también podría ser considerada legítima aunque fuera ilegal o inmoral. En general, quienes sustentan esta visión son jóvenes que no se consideran pobres, que no tienen carencias de bienes materiales ni de consumo. Se sienten integrados a la sociedad por medio del consumo de bienes que habilita el dinero.

Un segundo tipo podría denominarse el de los “escaladores”, que remite a las personas que consideran el trabajo como un medio para alcanzar el progreso personal. A diferencia de los materialistas, le otorgan valor a la actividad laboral en sí, más que a la remuneración que se recibe por ella. Entre quienes corresponden a este tipo se han podido detectar subdivisiones internas. Por un lado, los que afirman no estar logrando su desarrollo personal por estar desocupados o subocupados, que además señalan no participar en la toma de decisiones en aspectos que consideran valiosos. El segundo subtipo se constituye por aquellos que, aun cuando no tienen un trabajo bien remunerado, igualmente conciben que cualquier actividad económica es una vía de superación personal.

Un tercer caso es el de los “idealistas”, que consideran al trabajo principalmente como un medio para pertenecer plenamente a la comunidad que integran. Resaltan las posibilidades de sentirse útiles y de ser respetados por los demás como consecuencia del desarrollo de un trabajo. Lo consideran como un valor en sí mismo, como una fuente de identidad.

Obviamente, se trata de perfiles ideales, en tanto muchos jóvenes comparten rasgos de unos y otros. Las principales problemáticas que señalan unos y otros en relación al mundo del trabajo son la constante necesidad de adaptación a exigencias cada vez más estrictas del mercado laboral y la estigmatización que origina vivir situaciones de desempleo. Esta última produce un fuerte aislamiento social, por cuanto no sólo genera privacio-

nes económicas, sino además para muchos de ellos provoca la sensación de no poder progresar personalmente, o de no ser suficientemente reconocidos como parte activa de la sociedad en la que viven.

No existe una única imagen de los jóvenes sobre el mundo del trabajo. Tener presente este hecho permite pensar estrategias diferenciadas de acción que contemplen estas visiones en cierto modo contrapuestas, que para tener éxito deberán hacer partícipes a sus destinatarios en el proceso de definición del problema. No se trata únicamente de ambiciones personales más o menos injustificadas, ni de concepciones equivocadas que deben corregirse mediante intervenciones estatales, sino más bien de plataformas sobre las cuales pueden construirse políticas de promoción de la capacitación de los jóvenes bonaerenses.

Motivaciones para capacitarse

Otro grupo de estudiantes de Trabajo Social realizó entrevistas en torno a las actitudes de los jóvenes hacia la capacitación y su relación con las políticas públicas. El grupo estuvo formado por Mara Chejolan, Mara Davoglio, Josefina Ghisalberti, Natalia Ramírez y Carolina Silvi. Las entrevistas fueron realizadas en las localidades de San Justo, Laferrere, Villa Madero, Ramos Mejía y Lomas del Mirador, del Partido de La Matanza. A continuación, se resumen algunos de los resultados del estudio referido.

La capacitación no garantiza directamente la adquisición de un trabajo. Por eso, las políticas públicas deben considerar además la cuestión de la empleabilidad de los jóvenes. Uno de los factores que señalan éstos como decisivos en relación a sus oportunidades de capacitación, es el poder adquisitivo con el que cuentan ellos y sus familias. Pero también señalan otros elementos con fuerte influencia en

su relación con la capacitación, como la distancia de su lugar de residencia respecto a las instituciones de formación, ubicadas en su mayoría en el primer cordón del Conurbano, la facilidad de acceso a esos lugares, y la existencia de estímulos familiares en relación a la aspiración de superarse socio-económicamente respecto a las anteriores generaciones, entre otras.

A partir de los resultados de las entrevistas realizadas, se han identificado perfiles de jóvenes según su relación con las motivaciones para capacitarse laboralmente. En primer lugar, un perfil responde a quienes distinguen el aspecto económico como el principal motivo para capacitarse. Explican que ello supone antes que nada ampliar las oportunidades de conseguir un trabajo, de cambiarlo, de obtener un mejor sueldo o de consumir más.

Un segundo perfil vincula la capacitación al reconocimiento social. Según esta visión, incrementa la utilidad del trabajo y trae consigo un aumento del prestigio de la persona. Estos jóvenes le otorgan peso a un ideal personal al que aspiran llegar mediante un constante perfeccionamiento en su oficio o profesión.

Otros jóvenes se refieren a cuestiones prácticas que se verían habilitadas directa o indirectamente por una mayor capacitación: el cumplimiento de mandatos familiares, el logro de la emancipación económica respecto de la familia de origen o la posibilidad de acceder a empleos que resulten personalmente satisfactorios. Por último, se ha detectado un grupo que afirma no tener ninguna perspectiva de progreso, ninguna pretensión de desarrollar alguna capacidad personal, ni relación alguna con el Estado.

De todas formas, y al igual que en el apartado anterior, una gran porción de los jóvenes entrevistados muestra desconocimiento respecto a las políticas públicas. En general, argumentan que se trata de un conjunto de iniciativas destinadas a personas pobres entre los pobres, y por lo

tanto es extraño que se dirijan a ellos. A la vez, no relacionan la política pública con servicios de los que muchos de ellos son usuarios, como los de salud o educación.

Políticas culturales

Otros dos grupos de estudiantes realizaron investigaciones exploratorias en torno a las políticas culturales orientadas a los jóvenes de 18 a 25 años de edad. El primero de ellos analizó las representaciones de los residentes en el Partido de Morón acerca de las políticas culturales propuestas por el Gobierno Municipal. El grupo estuvo formado por María Belén Bafico, Luciana Capria, Yasmín Córdoba, Natalia Moreno y Marina Ortega. El otro grupo realizó un estudio acerca de las expresiones artísticas juveniles como vías de integración social. Estuvo constituido por Luciana Rivero, Verónica Tschoban, Vanesa Tabbi y Silvana Ambieni, que realizaron entrevistas a una muestra no aleatoria de jóvenes en los Partidos de Quilmes, Vicente López y Tres de Febrero. A continuación, se resumen los principales resultados de los estudios referidos.

Existen varias alternativas para entender el término “juventud”. Se trata de concepto esquivo, una construcción histórica y social y no una mera condición de edad. Por eso sería un error concebirlo como un grupo sociocultural consciente que comparte valores, tradiciones, dispositivos de control y criterios estandarizados de conducta. Cada época y cada sector social postula formas diferentes de ser joven. Siguiendo a Mario Margulis, puede entenderse la juventud como un grupo social que comparte una parte específica de la cultura, pero que a la vez presenta diferentes modalidades, por lo que no puede atribuírsele una identidad en general, ya que presenta en su interior diversos subgrupos que han construido identidades características.

En la actualidad, la juventud suele erigirse en la portadora de transformaciones –notorias o imperceptibles– en los códigos de la cultura. Incorpora con naturalidad cambios en las costumbres y en significaciones que fueron objeto de duras luchas en generaciones anteriores. Pero también los jóvenes ponen de manifiesto con más intensidad y variedad que otras generaciones los cambios culturales. Y es el plano de la cultura, antes que el de la política o el de la economía, el que evidencia las nuevas modalidades que asume la juventud actual. Sensibles a las nuevas tecnologías y al predominio de la imagen, los jóvenes encuentran en ésta un ámbito propicio para capturar y expresar la variedad cultural de este tiempo y orientar su apetito de identidad más en el nivel de los signos que en el del accionar sobre el mundo. Es por eso que se interpreta al estereotipo juvenil como ágil, flexible, cargado de energía, ávido de interacción con otros sujetos sociales y más desprejuiciado que otros.

La conciencia juvenil sobre el mundo actual es una en la que caducan las viejas garantías en el plano del trabajo y la reproducción de la vida, que se apoyaban en el saber, la experiencia, la calificación y los derechos sociales, todos ellos procesos más o menos conscientes. Sobrevienen nuevos e intensos procesos de exclusión sostenidos en una presunta racionalidad de los mercados, desligada de la conciencia personal de los ciudadanos. Este nuevo entorno excluyente, al menos en cuanto a la posibilidad de insertarse laboralmente en forma estable y de ofrecer una participación significativa en las disputas políticas, está dominado además por una acelerada transformación en técnicas informáticas, de comunicación social y de entretenimiento. Ellas presiden la entrada de los jóvenes en la vida social.

La integración social de adolescentes y jóvenes es posible si se facilitan espacios de aprendizaje en donde asuman responsabilidades y ejerzan sus derechos. Es

importante que, en estos espacios, realicen actividades donde se desenvuelvan como sujetos autónomos, desarrollen sus habilidades y formen parte del proceso de toma de decisiones. Para ello, es necesario que, en su intervención, puedan comunicarse, desenvolverse con seguridad, conocer sus capacidades, habilidades y trabas personales para defender su posición con argumentos racionales, hacer valer sus derechos y conocer sus deberes y obligaciones.

Desde el año 1999 el actual Gobierno Municipal de Morón se ha distinguido por encarar el diseño y el desarrollo de proyectos vinculados con la temática de la juventud y su relación con la cultura, destacando su valoración como vía de integración social y eje del desarrollo local. Entre las diferentes actividades culturales que lleva a cabo, se distinguen aquellas de carácter y convocatoria masiva, y las dirigidas al interior de los barrios, cuya difusión es menor. Las principales son “La Minga”, “Morón Rock”, actividades recreativas en el Polideportivo Municipal “Gorki Grana”, ferias artesanales en las plazas, talleres, cursos, teatro, recitales, exposiciones, cine, el proyecto Arte Joven y el apoyo a las organizaciones comunitarias a través del Proyecto Joven.

Resulta primordial el tener claro – bien analizado y estudiado– qué tipo de jóvenes se quiere formar, qué transmitirles mediante las actividades que se promueven y cómo actuar sobre este terreno. Si se les da esperanza, si se les da fundamentos para evitar el descreimiento, si se les enseña que la cultura es importante en tanto reproductora de la historia, o bien si se transmite lo contrario, todo ello es responsabilidad del Municipio. Los jóvenes atraviesan una etapa de vulnerabilidad en la cual sus representaciones sociales y sus objetivos de vida se modifican día a día, y paralelamente, se consolidan factores de marginación. Por eso es importante inculcar esperanzas y proyectos, pero también educar, capaci-

tar, promover el desarrollo de herramientas y creatividad.

En base a las entrevistas realizadas y según su concepción de la cultura, puede dividirse a los jóvenes en tres grupos. En primer lugar, hay un sector que asocia la idea de cultura con la de capacitación. Este grupo considera que, por un lado, la cultura está compuesta y orientada a la educación formal desde las instituciones educativas, y por otro lado, que se desarrolla a través de la educación informal por medio de la implementación de talleres y cursos. Esta opinión explica los contenidos que estos jóvenes demandan mayoritariamente a las políticas culturales promovidas por el Municipio. También sostienen que debería apuntarse al desarrollo intelectual, a promover el pensamiento, la lectura y la enseñanza.

Desde otra postura, se considera que la cultura integra las diversas actividades de expresión artística o musical para recreación, en las que participan jóvenes como espectadores o productores. Una última visión refiere a la cultura en tanto identidad, como conjunto de aspectos que hacen del hombre un ser social y personal: costumbres, valores, tradiciones, conocimientos significativos sobre la comunidad y rasgos construidos de la sociedad.

Asimismo, se han identificado perfiles de jóvenes, según su relación con las políticas culturales del Municipio. Se detallan a continuación.

Entre los demandantes de políticas culturales, puede distinguirse a los conformes de los disconformes. En el primer caso, se trata de grandes consumidores de actividades culturales, que conciben el acceso a éstas como un derecho y como un aspecto importante en sus vidas. Suelen asociar la cultura a elementos como el conocimiento, el arte y la expresión. Consideran que sus necesidades culturales están cubiertas por las actividades promovidas por el Municipio, aunque reconocen falencias en las mismas. En particular,

demandan que sus reclamos y propuestas vinculadas al tema sean tenidos en consideración a la hora de definir las iniciativas. La mayoría de los jóvenes que conforman este grupo son estudiantes.

En segundo lugar se destacan quienes, coincidiendo con los anteriores en que el acceso a la oferta cultural es un derecho y una dimensión de peso en sus vidas, se diferencian en la evaluación que hacen de las iniciativas municipales. Lo que los determina es que no están satisfechos, en sus gustos y consideraciones culturales, con las actividades promovidas por el Municipio. Creen que estas últimas son inadecuadas y que deben apuntar a otros objetivos o contenidos. Inclusive, parte de este grupo cree que las políticas culturales locales sólo apunta a lograr votos o a la distracción y la disuasión de la atención de los vecinos sobre “los problemas reales”.

Otros jóvenes no demandan un cambio en la oferta cultural municipal. Son los que podrían denominarse “materialistas” y “nihilistas”. Para los primeros, la política cultural no está en un primer plano, no es prioritaria ni forma parte de sus preferencias. Sus demandas al Gobierno Municipal no giran en torno a la cultura, sino alrededor del trabajo, eje que consideran central en sus vidas. Llegan a sostener que las políticas culturales deberían apuntar a ofrecer a los jóvenes trabajo, a fin de que adquieran herramientas de desarrollo profesional. Recién habiendo logrado este objetivo, y una vez cubierto el derecho a trabajar, la oferta propiamente cultural adquiriría sentido.

Desde la perspectiva de los nihilistas, la cultura no es una cuestión que deba abordar el Estado, sino un asunto personal. La mayoría de ellos considera que la cultura no es central y desconoce qué hace el Municipio en la materia. Hay una parte que asegura estar al tanto de la oferta municipal, pero no cree en ella, ni la capacidad del Estado: no confían en él ni esperan nada de su parte. Demuestran incre-

dulidad hacia todo lo que viene del Gobierno Municipal y piensan que sus acciones no son capaces de afectar aspectos de verdadera importancia para sus vidas.

Del conjunto de los jóvenes entrevistados también surgieron propuestas para la mejora de las políticas culturales municipales a ellos dirigidas. Las principales propuestas fueron las siguientes:

- definir claramente qué se transmitirá por medio de la oferta cultural y si esos contenidos y valores se vinculan a aquello que la comunidad considera significativo;
- ampliar los canales de participación para que los vecinos puedan generar propuestas y reclamos;
- generar un presupuesto participativo en el área de cultura;
- promover una mayor interacción entre los jóvenes del municipio interesados en actividades culturales;
- ampliar la oferta horaria de las iniciativas culturales, así como su frecuencia, difusión y publicidad, principalmente en los barrios alejados del centro;
- apoyar económica y técnicamente a quienes tengan iniciativas o emprendimientos en marcha;
- abrir más establecimientos o espacios para las expresiones artísticas, y generar más espacios de participación cultural promoviendo su autogestión;
- proponer actividades de debate y reflexión juvenil a cargo de profesionales de las ciencias sociales;
- demostrar abiertamente que las actividades culturales promovidas por el Estado no tienen por objeto la captación de votos ni la distracción de los jóvenes respecto a otros temas de peso.

Independientemente de su opinión sobre los demás temas, todos los consultados reclaman una mayor participación. Conciben al Estado como algo ajeno y de difícil acceso, lo cual limita su intervención en las actividades ofertadas. Algu-

nos llegan a suponer que para participar en esas actividades —especialmente en exposiciones, ferias y recitales—, o incluso para consultar sobre las mismas, es necesario tener algún tipo de contacto. Asimismo, muchos señalan trabas administrativas para quienes pretenden participar como generadores de cultura.

Los jóvenes son portadores de experiencias, perspectivas y significaciones que pueden llegar a expresarse de una forma original a través de la cultura. Esto no sólo les permite reafirmar su identidad, sino que además se convierte en una forma particular de canalizar demandas de los diversos sectores sociales.

Por otro lado, un aspecto relevante de la política cultural reside en la promoción de las diversas formas de producción de expresiones culturales. Existe en los jóvenes la necesidad, hasta la urgencia, por encontrarse con sus pares en actividades significativas, constituir agrupamientos, encontrar espacios propicios para integrarse y diferenciarse, construyendo señales de identidad.

En su relación con la generación de manifestaciones culturales, pueden detectarse diferentes perfiles de jóvenes. En primer lugar, puede identificarse un pequeño grupo que produce diversos tipos de actividades artísticas, conformado por quienes las conciben como un proyecto de vida al que le dedican recursos y tiempo de formación. Se distinguen de ellos quienes participan de actividades culturales como un pasatiempo que les permite reunirse con pares con los que comparten afinidades. Un gran número de jóvenes no realiza ningún tipo de producción cultural, pero sí la consume de diversas maneras. Algunos de ellos tienen una frecuente participación en actividades culturales y prefieren el cine, el video, los recitales de rock, el teatro, las acrobacias, las exposiciones, la televisión cultural y la lectura, en ese orden de prioridades. Por otro lado, hay un grupo que consume alternativamente diferentes ofertas culturales de cualquier expresión ar-

tística orientada al consumo masivo. En este último segmento se ubican quienes están menos integrados en el mundo laboral y de estudio, y quienes tienen pareja e hijos y priorizan hacia ellos la dedicación de su tiempo. Se trata de diferenciaciones que deben ser consideradas a la hora de promover diversos tipos de políticas culturales entre los jóvenes.

Espacio público

El último grupo de estudiantes, conformado por Gloria Cappellini, Patricia Darán, Sabrina Fernández Rovito, Adriana Gómez y Nadia Rodríguez, desarrolló en el Conurbano Bonaerense un estudio acerca de las representaciones que sobre el espacio público tienen los jóvenes de entre 18 y 25 años de edad. Para ello realizaron entrevistas a una muestra no aleatoria de jóvenes residentes en los partidos de General San Martín, Tres de Febrero, Vicente López, San Isidro, Tigre, Escobar, Pilar, Morón, Ituzaingó, La Matanza, Lanús y Berazategui, y un taller de discusión con jóvenes del Conurbano llevado a cabo en General San Martín. A continuación, se resumen los resultados del estudio referido.

Las transformaciones de las pautas de ocupación y utilización del espacio público forman parte de procesos sociales que se relacionan con el Desarrollo Humano. Los espacios públicos “son todos aquellos espacios de carácter comunitario que otorgan sentido y posibilidad a la vida urbana contemporánea, desde los destinados a la circulación de personas y el intercambio de bienes y servicios, hasta los correspondientes al desarrollo de actividades cívicas, sociales, culturales y deportivas ligadas a la vida ciudadana. Al ser utilizados abiertamente por la población constituyen el ámbito democrático por excelencia, en tanto posibilitan la expresión en libertad de conductas y la necesi-

dad de una pluralidad de actores sociales”. Como señala Jordi Borja, el espacio público no es sólo un lugar de refugio de peatones o de reserva de monumentos, sino la ciudad en sí misma que se materializa en avenidas, calles, plazas, parques, equipamientos abiertos o cerrados. Su función es siempre de carácter relacional, esto es, no aísla ni segrega a los habitantes, sino que debe tender a proporcionarles igualdad de oportunidades para vivir la ciudad.

Las ciudades son vectores de integración y de movilización social porque fuerzan interacciones cotidianas entre personas de diferentes culturas y ocupaciones. Las personas se hacen adultas en ese intercambio, en el roce continuo con la diversidad. De acuerdo con Borja, en los espacios públicos se expresa la diversidad, allí se produce el intercambio y se aprende la tolerancia. La calidad, la multiplicación y la accesibilidad de los espacios públicos definirán en buena medida el progreso de la ciudadanía. Es por esa razón que una ciudad que funciona exclusivamente con el automóvil privado y con centralidades especializadas y cerradas (centros administrativos, centros comerciales jerarquizados socialmente, etc.) no facilita el progreso de la ciudadanía, en cambio tiende a la segmentación, al individualismo y a la exclusión. El espacio público contribuirá más a la ciudadanía cuanto más polivalente sea funcionalmente y más favorezca el intercambio.

Del análisis de entrevistas y del taller de reflexión, surge que los jóvenes consultados no tienen claramente delimitado qué es lo público y qué es lo privado. En general, conciben al espacio público como un lugar para actividades recreativas, de libre acceso y gratuito, asociándolo a los sitios al aire libre, tales como plazas y parques, y en menor medida a calles, veredas y esquinas. En la misma indagación, se han podido identificar perfiles de jóvenes, en base a la percepción y el uso que hacen del espacio público. Se detallan a continuación.

En primer lugar puede hacerse mención de un grupo de jóvenes que no señala límites en el uso que hace del espacio público. Utilizan toda clase de espacios, no perciben restricciones de ningún tipo para hacerlo y afirman que nada les impide acceder a ellos. Entre ellos, los “caseros” son jóvenes que usan plazas y parques, y que en general consideran que los lugares a los que van son sólo de paso. No tienen limitaciones para elegir adónde ir, pero prefieren estar y encontrarse con sus amigos en sus casas. La mayoría de ellos estudia y trabaja, por lo que podría pensarse que la falta de tiempo limita la frecuencia de uso de lo público. Estos jóvenes participan en instituciones, pero demuestran poco interés en informarse sobre cuestiones que pueden afectarlos: no discuten, ni proponen acciones concretas. Se quejan del estado de las plazas y los parques, pero no proponen la construcción de nuevos espacios.

Los “salidores” son jóvenes que mencionan un amplio listado de lugares cuando se les pregunta qué espacios públicos o de uso común utilizan. Calles, medios de transporte, bares, boliches, “cybers” y shoppings son los que mencionan con mayor frecuencia. Son jóvenes en su mayoría de clase media, que en general trabajan y para quienes lo económico está medianamente resuelto. No son el principal sostén económico del hogar y pueden solventar sus salidas. Suelen estar informados e intercambian opiniones sobre temas públicos, pero consideran que no tienen influencia en las decisiones que los afectan. Son críticos en relación a los espacios que utilizan: se quejan repetidamente del mal estado de las plazas y de los medios de transporte, de la falta de limpieza y de seguridad. Además, demandan espacios donde puedan practicar deportes, desarrollar actividades culturales y lugares en los que poder “expresarse libremente”.

Se ha podido distinguir además, un grupo de jóvenes que utiliza el espacio

público de manera restringida y que señala diferentes obstáculos para la libertad de uso. En este grupo, los “limitados por cuestiones económicas”, señalan que las razones materiales son la principal razón por la que no usan libremente los espacios públicos. Tienen dificultades para pagar entradas o boletos de transporte moverse por la ciudad. Se ubican especialmente en la clase baja o en la franja que va de los 18 a los 20 años de edad. En algunos casos afirman frecuentar lugares como bares, *pubs*, boliches y cines, pero aún así insisten en que se sienten limitados en sus movimientos.

Los “limitados por la inseguridad” tienen temor a ser víctimas de hechos violentos, lo que condiciona su uso de espacios públicos y su participación en cualquier tipo de institución. Reclaman especialmente mayores medidas de control. Su percepción de inseguridad alcanza diferentes grados, pudiendo distinguirse entre quienes sólo se sienten seguros en sus casas, quienes lo hacen en lugares cerrados y conocidos por su uso habitual, y quienes señalan la presencia de una fuerza pública como garantía suficiente de seguridad. Se encuentran con amigos en los lugares donde estudian, en sus casas y en boliches, pero no suelen concurrir a plazas y lugares públicos, eligiendo estar siempre en lugares cerrados y conocidos.

Los “limitados por otras razones” están representados por personas con problemas de salud, falta de tiempo y, especialmente, por mujeres mayores de 21 años que trabajan y tienen hijos. Para ellas, la maternidad aparece como el principal factor limitante en relación a la libertad de movimiento por la ciudad. Transitan por pocos lugares debido a la falta de tiempo y de dinero. Suelen concurrir siempre a los mismos sitios, en general parques y plazas cercanas a su domicilio. Su participación está relacionada a las actividades de sus hijos en escuelas y clubes. Las

mejoras que proponen en relación al espacio están pensadas en función del bienestar de sus hijos.

Siempre han sido los adultos quienes decidieron cuál ha de ser el destino de los espacios: barrios, edificios, calles, estacionamientos, terminales de transporte, autopistas, zonas industriales, complejos deportivos, etc. Raras veces se han tenido en cuenta las necesidades de espacio de los jóvenes. Los espacios diseñados para jóvenes están pensados para que consuman, no para que se identifiquen, se desarrollen personalmente o amplíen sus oportunidades.

Lo que se propone entonces es, en primer lugar, la formación de espacios pensados desde y para los jóvenes, que no sólo sean funcionales a sus necesidades más inmediatas, sino también que puedan en ellos identificarse como actores concretos, con capacidad para liderar, para articular propuestas, expresar demandas, canalizar actividades, para ganar representatividad y legitimidad, establecer alianzas, participar e integrarse. Estos espacios deberían promover la participación de los jóvenes no sólo en las actividades concretas, sino también en la planificación y gestión de las mismas.

Tradicionalmente, se concebía a la educación, al trabajo, a la vida pública y a la participación política como canales adecuados para la integración juvenil en la vida social. Hoy, la situación para muchos jóvenes es diferente, en tanto perciben limitaciones en este tipo de canales. Algunos sencillamente se resignan a disfrutar de la vida doméstica. Otros perciben esta situación como una pérdida. Lo que está en juego es la necesidad de contar con marcos de referencia claros, que permitan consolidar su proceso de identidad, que les proporcionen una mayor orientación hacia el futuro y que funcionen como lugares de integración social. Los espacios públicos bien podrían ocupar este lugar.